

GEDEÓN ES EL PERIÓDICO DE MENOS CIRCULACIÓN DE ESPAÑA

GEDEÓN

DIPUTADO A CORTES POR MADRID



SEMANARIO SATIRICO
SE PUBLICA LOS JUEVES
DIEZ CÉNTIMOS el número
ADMINISTRACIÓN
Costanilla de los Angeles, 1

PRECIOS DE SUBSCRIPCIÓN

Madrid, trimestre.....	1,50 pesetas.
Año.....	6
Provincias y Portugal, trimes- tre.....	2
Año.....	8
Número atrasado.....	0,25
25 ejemplares.....	1,50

AÑO II

Madrid 10 de Diciembre de 1896.

NÚM. 57

ÚLTIMAS NOTICIAS DE MANILA

(CABLEGRAMA AHUECADO)



Polavieja, perplejo.—¿Qué es lo que hacemos, señores,
para salir de este atranco?

Coro general.—Que Blanco se vuelva á España
y usted no se vuelva... Blanco.

PARA LOS CONCEJALES

A pesar del espontáneo y valioso auxilio con que nos brindara *El Imparcial*, no hemos recibido nuevos donativos para la suscripción iniciada en las columnas de nuestro número anterior.

Tan brillante resultado, debido no á nuestros escasos méritos, sino al inmerecido favor del público, nos demuestra una vez más que seguimos siendo el periódico de menor circulación de España, glorioso título que conservaremos siempre, aunque nos sea necesario, en último término, apelar á la colaboración de los Sres. Sepúlveda, Bustillo y Bonafoux.

Damos, pues, las más efusivas gracias á los generosos donantes que no han depositado su óbolo en las cestillas de nuestra Administración y hacemos extensivas aquéllas al importante diario de la mañana, que tanto ha contribuido con su propaganda al inesperado éxito de nuestra suscripción.

Advertencia.—En la lista de donantes que en el número anterior publicamos figura D. Joaquín Caro y Carísimo con tres reales. Ese nombre está equivocado; debe leerse D. Joaquín Caro y Malo, tres reales fuertes.

Este error de copia no altera el resultado de la suma total que no hicimos.

JUEVES DE GEDEÓN

CALINEZ (*cantando*).—Un fraile, dos frailes, cuatro frailes en la Huerta.

Oyeron lo que dijo D. Antonio de Polavieja.

GEDEÓN.—¿Qué cantas con ese vozarrón de sochantre, amigo Calinez? Parece el gori-gori.

—Sí, no está mal gorigori, Gedeón, es el himno del Katipunan.

—¿El himno del Katipunan? ¿Y cómo lo has aprendido no funcionando el cable de Filipinas?

—Sí que funciona el cable, pero funciona en Blanco, lo mismo que la campaña contra los insurrectos.

—¡Ah, ya! Yo creí que el cable estaba, ¿cómo lo diré yo? desclavado, y que por eso no teníamos noticias del Archipiélago, pero según lo que tú afirmas, no le acontece nada de particular. ¿De modo que está bien seguro por todos sus cabos?

—Por el primero, sí, por el segundo Cabo parece que tiene averías.

—En qué quedamos, ¿funciona ó no funciona?

—Mira, Gedeón, como funcionar, funciona, lo que sucede es que el Gobierno quería echar un cable al marqués de Peña Plata, y naturalmente, le ha echado el de Filipinas. Los periódicos lo lamentan con la mayor amargura porque á su vez tenían que solicitarle cablegráficamente del arzobispo de Manila la administración de un sacramento.

—Un sacramento, ¿y cuál?

—El de la confirmación.

—¿De Tomásín Castellano?

—De una palabra del presidente del Consejo.

—Cómo, ¿ahora confirman los arzobispos las palabras de D. Antonio! ¿No sería mejor que confirmasen á sus ministros?

—No, á los ministros de D. Antonio les administran otro sacramento, el del orden de la orden.

—Entonces, resultarán ministros del Señor.

—¿Y tú que te habías creído de Cánovas?

—Es verdad, Calinez; humillemos todos ante El la cabeza. Pero dime, ¿por qué cantabas lo de los cuatro frailes en la Huerta? ¿Se juega por allí al tute?

—En la Huerta no se juega á nada, ni siquiera á juegos de prendas.

—Pues dicen que el general Polavieja, al embarcar para Filipinas, llevaba en prenda la palabra de D. Antonio.

—Vaya, ¿á que tú también sales si te dejan por el registro de su reverencia ilustrísima?

—Libreme Dios de tal cosa. Para mí no hay más arzobispo de Manila que mi indiscutible jefe el amo de Morlesín y de todos los españoles. Yo bien sé Calinez que esos son cuentos tártaros de los periódicos de oposición, y que D. Antonio no le dijo á Polavieja que se le enviaba á Filipinas de general en jefe, sino de Santa Potenciana, quiero decir, de huésped de este palacio, no habitado por el capitán general. Ahora, si Blanco enfermase ó tuviera algún pique con Polavieja, entonces D. Antonio se decidiría por este último, encomendándole la dirección de la campaña.

—¿Pues sabes que la situación de Blanco es lucidísima? En cuanto tenga la lengua blanca, cosa muy fácil en él, ó le lleve la contraria á Polavieja, se ve obligado á resignar el mando.

—Eso es verdad; pero, en cambio, el Gobierno resulta altamente previsor colocando á los dos generales en la situación más desairada posible. Esto es gobernar con acierto, Gedeón, y lo demás, girófonos violapuentes.

—¿Qué instrumentos son esos que acabas de nombrar?

—Unos que tocan en Lara.

—¿Y cómo los consiente el gobernador civil?

—¿Y por qué había de prohibirlos?

—¿Te parece poco delito el de violar puentes?

No te suena eso á intentona revolucionaria?

—Pues como esas intentonas no las hagan los girófonos, lo que es los republicanos no están, gracias á Dios, para tales aventuras. ¿Sabes tú dónde se reúnen ahora?

—Sí; en casa del doctor Esquerdo. ¡Vaya, como que se han decidido al fin por la fuerza!

—¿Por los procedimientos?

—No, hombre; por las camisas.

—Algo es algo, Calinez; ¡y qué puños tendrán as camisas de fuerza!

—Figúrate tú, Salmerón. En cuanto se la pone y se mira los puños se tiembla á sí mismo.

—Y después irá á explicar un curso superior en el Ateneo, ó cosa por el estilo. No, por muy mal dadas que vengan, el Gobierno poco puede temer de esos republicanos; pero, ¿y los carlistas?

—En Venecia.

—Ya lo sé; ¿pero no temes que adopten alguna extrema resolución?

—Ya la han adoptado.

—¿Cómo! ¿Se pusieron en pie de campaña?

—No, Gedeón; empezaron por la segunda parte; se pusieron en pie de fuga.

—¡Ah, ya! ¿Y se sabe algo del asunto?

—Sólo se sabe que cuando el *ilustre* expatriado y expadre vió á su Mella, se le saltaron las lágrimas.

—¿Antes de que hablase el elocuente diputado? ¿Pues cómo lloraría después de oírlo!

—Imagínatelo; sus lágrimas llegarían al Polo y Peyrolón, que es todavía más allá del Polo.

—Escena tiernísima que, imaginada solamente, ya me conmueve. Tampoco creo que los carlistas están para muchas aventuras, y eso que Silvela les ha concedido recientemente la beligerancia. Nada, nada, Calinez, si en España no tuviéramos dos guerras efectivas y otra probable, nuestro país sería una verdadera balsa de la Vega de Armijo de aceite. Así y todo, en Madrid vivimos mejor que queremos. De provincias no nos viene ninguna mala nueva, porque ni siquiera tenemos telégrafo.

—¿Qué telégrafo! Ni provincias!

—Hombre, tanto como eso.

—Tanto como eso, Gedeón. Bien claro lo han dicho en la tablilla de la Central:

«No hay Bilbao ni Vigo
Tampoco tenemos Badajoz.»

—Pues, señor, el marqués de Lema nos va á resultar un nuevo Casiano; el mejor día pone en la tablilla «oy no ay Morlesín.» ¿Y qué les ha sucedido á esas importantes poblaciones? ¿Las ha gobernado Blanco ó se hundieron?

—No te lo puedo decir. Aterrado al leer tan espantosa nueva corrí á la Huerta y tampoco había Huerta, era Huerto.

—¿En qué lo conociste?

—Lo conocí porque estaba lleno de frailes en oración, y yo siempre he oído decir la oración del Huerto, y no la oración de la Huerta. Además, los reverendos exclamaban: ¡Señor, Señor, aparta de nosotros ese cáliz!

—¿Y El que contestaba?

—El contestaba; no se empeñen ustedes. Lo mando Yo, y hay que tragarlo.

—¿Será vino Blanco?

—No, hombre, al contrario. Es que no ha venido.

—De modo y manera, Calinez, que no tenemos telégrafo, no tenemos provincias, no tenemos Huerta... ¿pues que es lo que tenemos?

—Tenemos hombres y dinero para que se los lleve la Trasatlántica: los hombres á Cuba y Filipinas, y el dinero á sus cajas. ¿Te parece poco? Además tenemos viruela...

—¡Vaya un regalo!

—Y tan regalo; como que gracias á ella hasta los pobres de solemnidad pueden probar la ternera. No deseaba otra cosa Enrique IV para sus súbditos de Francia y de Navarra.

—¿Es verdad! Por eso sin duda nuestras celosas autoridades no se dan prisa á combatir la epidemia. Piensan en la ternera y en los menesterosos y exclaman compasivamente: ¡les dejaremos que se aprovechen!

—Y tenemos, también, Gedeón, que los Estados Unidos no reconocerán, por ahora, la beligerancia á los insurrectos cubanos; antes bien, con paternal bondad nos fijarán á nosotros un plazo para dominar la insurrección; y si no les damos gusto en eso, ó nos compran la isla, ó nos la birlian.

—Caramba, Calinez, eso es: ¡la bolsa ó la vida! Bien dice el Gobierno, que nuestras relaciones con los Estados Unidos no pueden ser más cordiales.

—Cordialísimas. Tú ya sabes, Gedeón, que España tiene la forma de una piel de toro.

—Sí.

—Pues bien: sobre esa piel de toro se proyecta la sombra de un cerdo. ¿Quieres mayor prueba de amistad entre ambos animales?

VACACIONES

Los Jóvenes amables de la Universidad y otras escuelas, con excelente acuerdo, se han declarado en huelga.

El señor de Sesostris, que ahora la rectoría *regentea*, ha acordado ofrecerles calabazas para el día en que vuelvan, toda vez que él se encuentra vacunado y no les tiene miedo á las viruelas, pues en estos asuntos don Francisco, como Frontaura, piensa que en vano estropearlo el bello rostro pretenderá la enfermedad acerba.

Fernánflor y los vates de la *florida Ilustración* sospechan que tampoco atacarlos puede el virus: vacunados ya están de la ternera, el primero en los brazos, los otros en las piernas, así es que en estos días no habrá estrofas en la revista egregia.

Hacen bien, retebién los estudiantes al prepararse vacaciones *luengas*.

—Pa lo que hay que aprender— dicen algunos— más vale estar de huelga.

Y es la verdad, pues Gedeón opina que mejor que escuchar las conferencias de Salmerón y *Azcárate*, es tocar el rabel ó la pandera.

Gedeón fué escolar allá en sus tiempos, y tuvo la santísima paciencia de escuchar á Morayta

y al marqués de Vadillo, y aún se acuerda de Giner de los Ríos, de Orti Lara

y del señor de Piernas, hombre que sabe tanto, por lo menos, como Navarro Reverter, de Hacienda.

Estudiante también fué Castellano, según la historia cuenta,

y aprendió á colocar á sus parientes y á apandar siempre las mejores brevas...

por entonces don Segis daba un curso de Hacienda;

entonces se oponía á los estudios literarios el joven Canalejas,

y entonces ¡ah! señores, ¡qué espantosa y terrible decadencia!

rodeado de *efebos*, disertaba Castelar sobre Rusia y sobre Persia;

babilónicos eran sus discursos, como hoy son sus revistas extranjeras.

Estudiante también don Aureliano fué; de escolar la plácida existencia

transcurría á su gusto, dedicado á co-quistas callejeras.

¡Qué tiempos tan felices!

No había que pensar en Polavieja: don Aureliano sólo *po-la-joven*

recorría las calles con presteza, embozado al desgaire,

pensando en la adorada chalequera, y dándosele un bledo

de todos los problemas que hoy, que es hombre formal, le preocupan

y le tienen parado horas enteras en cualesquier esquinas,

pensando, como he dicho... en Polavieja.

Estudiante también fué don Antonio, y á Elisa dirigía sus endechas,

sin pensar en que un día, mandarín absoluto de la Huerta,

tan sólo á su *Atanasio* le contaría sus amantes penas:

Estudiante, aunque alguno quizás hoy no lo crea,

fué por aquel entonces don Manolo, el conde de Tejada Valdosera,

y aun dicen que asistía *de diario* á las clases alternas.

Estudiaba Romero, y el profesor perdía la paciencia,

porque era un estudiante de aquellos que alborotan y que enredan,

y que en clase arman timbas, y que jamás contestan,

de los que ni de lejos saben quién es el que hizo las Paudectas.

Estudiante *empollón* era Gamazo, que desde chiquitín persona sería

y concienzuda fué, y hay quien afirma que usó birrete en vez de chichonera.

Estudiantes, en suma, han sido todos, hasta el mismo Venancio, hasta Becerra...


Y ahora que todos ellos ya no estudian, *ni nada*, no se acuerdan del tiempo en que tomaban vacaciones

mucho antes de llegar la Noche Buena.

¡Ojalá se acordasen, y un día acometiérales la idea de tomarse también las vacaciones

y dejarnos en paz sin su presencia!

¡Oh qué feliz España, con tanto chico en vacaciones, fuera!

Porque si así no lo hacen, si no se marchan pronto... á sus aldeas, 

fácil es que les den las vacaciones
con unas calabazas estupidas,
y que pierdan el curso,
y acaso más que el curso: la carrera.

DE OJO

¡Ah, Morote! ¡Qué cosas nos comunica desde la trocha!

Con su última carta se ha ganado el grande hombre de Valencia, no ya la corbata de San Fernando y la cruz *rumada*, sino el tercer entorchado como capitán general de las columnas movilizadas del nueve, sin regletas, y la nota de sobresaliente en *estrategema* como el propio Morote llama á la *Estrategia*.

¡Cómo rabiará de celos aparte el general Sánchez Bregua leyendo toda aquella prosa llena de fórmulas *victicas*, de *contáctos* y de *unidad de acción de las fuerzas propias!*

—¡Miren cómo pone la pluma el pfcaro!—dicen que exclamó Fernanfior examinando aquellas cuartillas repletas de ciencia militar.

«Aquella guerra (dice, refiriéndose á la franco-prusiana) se podría expresar como forma última en esa acción, á nada comparable, de la caballería.»

Ustedes no han penetrado el sentido hondo de la *frásis*, ¿eh? Pues lo que la antecede y la sigue es más confuso todavía. Pero, la verdad: las cosas claras, cualquiera las dice. El toque está en hablar de la guerra como Balsa de la Vega habla de *arte y artistas*: envolviendo el asunto en misterios *eleusinos* ó cosa tal; *poniendo veladuras*, que dice el mismo Balsa, para que el respetable público se entere á medias.

Por lo demás, todo el contenido de la carta *morotiana* puede reducirse á la sencilla y castiza exclamación que en la Plaza de toros hace que se le pongan á Bonilla los pelos de punta:—¡Caballos! ¡Caballos!

Sabrán ustedes cómo se celebró un banquete para obsequiar á los autores de *El padrino de el Nene* y el Sr. Jackson Veyán, nuestro predilecto amigo aménizó *la cosa*, leyendo una especie de composición, después de cuya lectura, ignoramos en qué situación de espíritu y de cuerpo quedarían los comensales. A Chueca le vimos ayer y parecía que andaba de medio lado, no sabemos si por algún golpe sufrido en la bicicleta, *caminando* por su despacho en traje de *ondina* vaporosa (como le retrató el *Nuevo Mundo*) ó por efecto de algún ripio de Jackson que le cogiese de media anqueta en la silla y sin tiempo de *poner las manos*.

¡Miren ustedes que á quien le tocase de cerca esta redondilla!..!

Todo un autor de cuidado
con aire de modestito.
¡Caramba con Julianito,
lo que tenía guardado!

Es incalculable lo que perturba la digestión un *hors d'oeuvre* de esa naturaleza. Es caso de enviarle los padrinos al autor. Yo que Romea, pedía una reparación por las armas, siempre que estas no fuesen el ripio ni el fusil.

Y sin ser Romea, ni intervenir para nada en el asunto, cualquier particular debiera pedir satisfacciones y aún no estaría demás intentar la acción pública para concluir de una vez con desmanes del tenor siguiente:

¡Qué humano y qué realista
me resulta el cuadro aquel!
¡Qué delicado papel
el de oficial papelistal!

¡Pues y el sabio picador
que entra siempre por derecho!

Por derecho propio debiera su merced, Sr. Jackson, entrar donde Gedón dijese.

¿Y aquél maestro papá,
dueño de la barbería,
con la cabeza vacía
como su bacía está?

¡Oh, crea su merced que hay muchas bacías de esas, que pasan por el yelmo de Mambrino... y muchas cabezas como la del maestro papá!

Parece mentira que después de oír esto, aun tuviese Vital Aza alientos para improvisar unas coplas de pie quebrado, de las que las dos primeras ya las había improvisado otras veces, si Gedón no recuerda mal, en ocasiones parecidas.

¡Y pensarán los provincianos que la *vida literaria* es cosa tan divertida!

FILIPINAS SIN PUNTOS

Dicen que *aquello se pierde*
y afirman que Blanco es manco:
ello es que al general Blanco
me lo están poniendo verde.
Es universal la queja

y no hay por ningún estilo
quien no elame á Don Camilo,
al señor de Polavieja.

Aquellos *datos* ingratos
furiosos se ensoberbecen...
y, vamos, que no parecen
de Sivola aquellos *datos*.

El Gobierno, que es muy tierno,
pasa apuros y congojas...
por dejar sueltos á Rojas,
á Rizal, Luna y Paterno.

Con per-picacia tan poca
suceden estos deslices...
aquí ya no hay más narices
que las de Sánchez de Toca.

Todos los demás son chatos,
igual que los filipinos
y así, peor que á los chinos
los consideran los *gatos*.

Aquello está hecho un infierno,
las sublevaciones cunden,
y los salvajes confunden
á España con el Gobierno.

Hay que hacer de una vez saña
y arremeter, *con idea*,
para que la chusma vea
que no es el Gobierno España.

Pues todo el mundo se queja,
Gedón, que es siempre franco,
á tí te lo dice, Blanco,
entiéndelo, Polavieja.

...y armas al hombro

Haciendo por la Hacienda:

«Se han visitado todos los restaurantes, y merenderos de las afueras de Madrid, á los efectos del impuesto de subsidio.»

Con seguridad que en muchos de ellos se encontrará gato encerrado.

Sobre todo si hay liebres en la lista.

Un personaje muy ingenioso (porque todos los personajes tienen ingenio y muelen con mucha frecuencia) dicen que juzgaba así el asunto del sobreseimiento de los concejales:

«Aquí se han invertido los términos, resultando de esto que los jueces se han convertido en fiscales; los fiscales en abogados; los abogados en periodistas, y los periodistas en jueces.»

Eso.
Y los culpables en inocentes.

—Mira lo que dice este periódico:
—¿Qué dice?
—Escucha:

«La *Gaceta* de hoy contiene varios reales decretos de personal de los ministerios de Gracia y Justicia y Ultramar.»

—Bueno, ¿y qué?
—Que vengo observando lo mucho que Castellano y Valdosera mueven el personal de sus respectivos ministerios.

—Será á ver si crecen.
—¿Los ministros?
—No; los empleados movidos.
—Pues á ellos nadie los mueve.
—Por eso están más chicos cada día.

Dice un colega:

«En los astilleros de Copenhague ha sido botado al agua el vapor rompe-hielos *Nadejui*, construido por encargo del Gobierno ruso y que destina al puerto de Vladivostok, término de la gigantesca línea férrea transiberiana.»

¿Un vapor-novedad? Milagro que no se le haya antojado á Beránger.

Y después de todo, la adquisición de un vapor rompe-hielos sería muy conveniente ahora.

Para ir trayendo de allende los mares primero á Blanco, luego á Weyler y después á los que vengan detrás... y no arreen.

Durante la conferencia dada por el Sr. Gamazo en la Asociación de la Prensa, hubo un intermedio cómico:

«Promediado el discurso, se apagó la instalación eléctrica de la sala y hubo un largo eclipse.»

—¡Caramba! ¿qué es esto?—preguntó uno de la concurrencia.

—Cosas que se trae D. Germán.
—Pero, ¿qué se ha traído?
—El cinematógrafo.

Y como el auditorio se impacientase, alguien exclamó desde los bancos:

—Pero D. Germán, ¿y las vistas?
Moret contestó desde la otra punta:
—Las tiene todas en el Supremo.

La elocuencia del hombre de Boeciolo:

«Declaro, por mi parte, que la naturaleza me ha otorgado la palabra sólo como un arma defensiva. No teniendo enemigo enfrente, apenas sé explicarme.»

—¡Caramba! ¡Qué símiles tiene D. Germán!
Siendo para él la palabra un arma defensiva,

sus partidarios deben pedirle á Dios que le haga tartamudo.

Porque así tendrá un arma de repetición.

Un accidente:

«Hoy se desprendió un trozo de cornisa del edificio que ocupa el teatro de Apolo.»

Era de esperar.

Desde que empezó la temporada se echó de ver que en el teatro de Apolo hacen falta obras.

El hado terrible persiguiendo al marqués de Lema:

«El telégrafo está interrumpido con todos los centros de España, excepto con el de Valladolid, con el que se comunica con gran dificultad y considerable retraso.»

De modo que una cosa es hablar por telégrafo con Valladolid.

Y otra hablar por el ordinario con todos los demás centros de España.

Shah, ¡choque, usté!

«El shah de Persia ha suprimido el puesto de presidente de Consejo de ministros, que considera inútil.»

Lo mismo pienso yo.
Tendría gracia que el mejor día me hiciesen shah de Persia.

—Lee esta noticia, pero no vayas con el cuento al interesado.

—A ver, á ver...

—Mira:

«El día 20 de este mes pasaré á la escala de reserva el contralmirante y exministro de Marina D. Manuel Pasquin.»

—Y, ¿por qué no quieres que se lo diga?

—Por no anticiparle el disgusto.

—¡Qué disgusto ni qué ocho cuartos! ¡Si Pasquin se quedará en su sitio!

—¿Cómo en su sitio?

—Pegado á la pared.

Leo:

«En Roma funciona un comité de auxilios á los insurrectos de Cuba.»

A ciencia y paciencia, naturalmente, de nuestros embajadores en el Vaticano, en el Quirinal y en todas las siete colinas.

Ya lo dijo no sé quién
y yo lo arreglo á mi modo:
—A Roma se va por todo
y por narices también.

NUESTRO ALMANAQUE

Al fin rindió las cuentas Castellano, y nuestro Almanaque se pondrá á la venta el día 14.

No podemos alabar sus condiciones materiales ni morales, pero sí revelar el secreto del *SUMARIO*, que es como sigue:

Los doce meses: santoral, pronósticos, proverbios del mes, preceptos higiénicos, labores agrícolas y efemérides del mes; cada mes con su signo del Zodiaco político.

Épocas célebres del Calendario gedeónico.
Juicio del año, por El ciego de Buenavista P. O.
El año astronómico.

Primavera: poema que pudiera ser de Núñez de Arce, con viñeta.

Estío: danza macabriánica al estilo de Salvador Rueda, con *idem*.

Otoño: grilada, con *idem*.

Invierno: pequeño poema campoamorino, con *idem*.

Sucedido.
Pero Grullo y su tiempo, por Piave, de la R. A. Española.

El escalpelo, cuento propio, por E. Ladevéase.

Confusiones.

El plato favorito.

El perro sin nombre, cuento militar, por Amaniel. P. O.

Reglas de urbanidad.

Plutarco de las Marquesas. Monte Cristo, por Kaskal.

Gedeón y su hijo.

Las gedeonadas de la Historia, artículo castelariano.

La vihuela de Gedeón.

Nuestros reporters: caricaturas de varios conspicuos noticieros.

Epigramas remozados, *Recetas inútiles*, *Chistes mandados retirar*, *Refranes con firmas*, *Chascarrillos*, etcétera, etc.

Nota. Hemos tardado tanto en publicar el Almanaque, porque pensábamos incluir en él la *papeleta de defunción de Maceo*.

Otra.—Guardábamos además algunos pliegos en blanco por si volvía este general.

Otra. En la página 100 precisamente aparece un hermoso retrato ológrafo del eminente y ruidoso pedagogo D. Narciso Campillo. Los responsables que han oído la publicación de este retrato, nos han hecho ya infinidad de pedidos.

Establecimiento tipográfico de E. Jaramillo,
San Agustín, 2. Madrid

EL ÚLTIMO INFUNDIO DE ROCAMBOLE

La daga putrefacta

Novela traducida indirectamente del francés.

(CONTINUACIÓN)

Y a la media hora de ocurrir este incidente se batían a sable con punta en la explanada y sin padrinos. No los necesitaban; para dar principio al combate esperaron que la voz del banquero, que desde allí se oía claramente, dijera:

—¡Hagan juego, señores!

Nuestro desesperado atacó con furia. Mr. Plumfay se defendía tranquilamente. Los dos tiraban de un modo maravilloso. ¿Quién vencería en aquel duelo a muerte?

Ya comenzaba a perder fuerzas el discípulo de Rocambole, cuando su rival, acordándose de pronto de que tenía el sombrero puesto, se descubrió. Rápido como el rayo, el sable del amante de Emilia la Pálida penetró por la tetilla izquierda del inglés. La estocada era mortal; el hierro atravesaba el corazón: hay ingleses que lo tienen.

Mr. Plumfay cayó revolcándose en su sangre.

El discípulo de Rocambole le miraba aterrado.—¡Acercas—le dijo el moribundo,—tengo una confidencia póstuma que haceros.

—¡Decid, decid, exclamó su matador!

—¡Muero sin haber probado el agua! y expiró.

¡El agua! gritó espantado el hombre del chaquet indefinible, acordándose de pronto de que tenía que estudiar las construcciones navales... y huyó de tan terrible sitio.

Desde entonces fué otro hombre.

Ahogando en lo profundo de su pecho su insensata pasión amorosa, dedicóse a recorrer los astilleros.

No buscaba ya a Emilia la Pálida, sino la más favorable proporción entre la manga y el puntal.

Volvió a consagrarse con alma y vida a la misión que le encomendara Rocambole; estaba salvado!

De sus incansables estudios nació aquel hermoso buque fantasma que se deslizara tan gallardamente por el escenario del teatro Real entre las triunfales notas de la orquesta y la admiración y los aplausos de todos.

El exalbanil, satisfecho de su obra, asomóse, como ya dijimos en nuestro capítulo anterior ó en el principio de este capítulo, a observar el efecto que el buque causaba en los espectadores.

Y entonces divisó a Emilia la Pálida vestida de lila, rodeada de lilas y en medio de una apiñada corte de entusiastas de su belleza.

Primero sintió una inmensa alegría; después los celos le mordieron en el corazón y Ponsini, que pasaba deprisa a vestirse de marinero tropezó con él trágicamente.

Pero nada ni nadie sacaba al desesperado y celoso amante de sus meditaciones. ¡Haber seguido a aquella mujer por todas las naciones del Continente y encontrársela en una platea del teatro Real, rodeada de admiradores y prolongadamente descotada!

¡Les mataré, pensó, les mataré a todos! Y en este momento sintió que le tocaban suavemente en el hombro.

No era Ponsini el que le tocaba otra vez: era Rocambole.
—¡Sígueme!—le dijo éste con acento de autoridad.
—Imposible, maestro—respondió el joven hombre del chaquet indefinible, que temblaba ante la idea de perder de vista a Emilia la Pálida.
—Te he dicho que me sigas—insistió el maestro frunciendo las cejas. Y después añadió con mayor dulzura:—Tú amas a una mujer.
—¿A cuál?—exclamó el exalbanil furioso como si le arrebataran un secreto.
—A aquella de las lilas.
El amante bajó la cabeza y murmuró:—¡Es verdad!
—Pues bien, sígueme y será tuya.
—¡Mía! ¿Vos pedéis hacer que sea mía?
Yo lo puedo todo. Pregúntaselo a Pozo Blanco. Ahora sígueme; tengo que hacerte importantes revelaciones.
El exalbanil no se negó más. Dió un hondo suspiro, que resonó en el escenario como un gallo de barítono, y siguió a su maestro.

CAPÍTULO VII

EL HIJO NATURAL Ó LA RACIÓN DE JUDÍAS

Salieron del teatro.

—¿Tomaremos un coche?—preguntó a su maestro el joven hombre.

—No—repuso éste, es decir, aquél,—la noche está hermosa y debemos pasear un poco a la bella estrella. Caen un copioso diluvio y el viento arranca las chimeneas. Aprovechemos tan hermosa estación.

Siguieron por la calle del Arenal y al llegar a la plaza del Celenque torcieron a la izquierda y se metieron en la calle de Cádiz.

En esta calle hay varias tabernas.

Todas ostentan en sus escaparates fuentes de judías y tortillas de características formas. Rocambole eligió una de ellas y exclamó:—Entremos.

—¿En una tortilla? interrogó el exjoven.

—No, en esta taberna—contestó Rocambole abriendo la puerta.

El tabernero al divisar a Rocambole acudió presuroso a su encuentro con muestras de la mayor respetuosidad.

Era un iniciado.

Se llamaba el Cubas, por mal nombre, aludiendo inductivamente este apodo a las vasijas ó artefactos donde ponía a refrescar el agua.

—Tráenos una ración de judías—dijo Rocambole,—y que sea abundante.

—Maestro—respondió el tabernero,—tal la traeré para tí que ocupe varios coches de Campillo.

Cuando la mesa estuvo puesta, las judías servidas y los comensales sentados, Rocambole habló al joven hombre de esta manera:

—Te prometí que el amor de esa mujer sería tuyo, y me dispongo a cumplirte la promesa; pero antes es preciso que escuches tu historia.

—Mi historia—murmuró el exalbanil.—¿Vos sabéis mi historia mejor que yo?

—¡Es posible!

—Pero sea como fuere, ¿de qué modo conseguiré el amor de esa elevada dama, yo, hijo de unos tristes menestrales? Rocambole se sonrió misteriosamente y después dijo:

—Tus padres nunca fueron tristes ni menestrales. Tu nacimiento es más ilustre de lo que te imaginas. Tú eres, sin saberlo, hijo de un Mariscal.

—¿De un albeitar!—susurró el joven desilusionado.

—De un Mariscal de los ejércitos—concluyó Rocambole triunfalmente.

—¡Cielos!

(A seguir.)

Y TENGO... NARICES...

(Toca couplets de Gedeón.)



La situación está en un tris: hay que tener mucha nariz.

(Toca música de El hombre es débil.)

NUESTRO ALMANAQUE

En esta semana saldrá. Ya verán ustedes lo que es bueno. En NUESTRO ALMANAQUE han colaborado todos nuestros favorecedores habituales. Como anticipo, obsequiamos hoy a nuestros lectores con los siguientes Refranes con firma, que se publicarán en NUESTRO ALMANAQUE

El cual, ocioso es advertir que sólo costará UNA peseta.

Haz lo que el amo te mande y comerás, en San Sebastián con la mesa... del Senado.

Lastres.

Año de brevas, siempre lo veas.

Cualquier Barzanallana.

Quien da primero da dos veces, y viceversa.

Carvajal.

Cabriñana escaldado de la Junta magna huye, digo, debiera huir.

Pifartios.

El golpe del conejal, aunque no duele, tizna.

Cabriñana.

Cada Campillo tiene su airecillo.

Caltez.

En Ilustración llena, pronto hace Reparaz la gena.

A. J. de Carlos.

Quien quisiera político sia tacha, ande sin ellos.

Salomón.

Dénle al más ruin puerco la mejor isla.

Cleveland.

Para muestra (del Ministerio) basta Castellano.

Reverter.

Con todos los vientos ha de llover y con ninguno se marcha Reverter.

Castellano.

Romero levanta la caza y Bosch la mata.

Silveia.

Labora, que algo queda.

Giberga.

De agría masa, un Bustillo basta.

Varios autores.

De Emilio tiple y de Emilia tenor, librenos Dios.

Del Evangelio.

JUNTA MAGNA



Presentación de los girófonos violapuentes y armas al hombro en los salones del Círculo de la Unión Mercantil.